

ZOCOS, 4

ROMA. EN TORNO A LAS SIETE COLINAS

Título original: *Rome. Autour des sept collines*

Portada: Dibujo original de Alfonso Fornieles Ten

© de la edición francesa, José Corti, 1988

© de esta edición: Confluencias, 2015

© de la traducción: José Miguel Parra

Corrección ortotipográfica: María del Mar Domínguez

Maquetación y diseño: Rodrigo Sepúlveda Cebrían

Impreso en Kadmos, Salamanca, España

ISBN: 978-84-944761-0-5

Depósito Legal: AL 1034-2015

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

JULIEN GRACQ

ROMA

En torno a las siete colinas

Traducción de
José Miguel Parra


CONFLUENCIAS
EDITORIAL



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	13
I. EN TORNO A ROMA	17
II. EN ROMA	37
III. LEJOS DE ROMA	91

JULIEN GRACQ

ROMA

En torno a las siete colinas

INTRODUCCIÓN

La civilización grecolatina comienza a desvanecerse un poco para nosotros, porque los programas educativos ya no toman como base, más que en contadas ocasiones, sus lenguas originales, y porque a cada decenio que pasa su legado anima un poco menos directamente las vivencias diarias. Hoy día, a un investigador le resultaría difícil suscitar con su tema de estudio las reacciones apasionadas, violentas, que seguían siendo las de la penúltima generación de escritores. Solo voy a mencionar las palabras atribuidas a André Breton, que tienen todos los motivos para ser consideradas auténticas: «Monsieur Breton, ¿por qué se ha negado siempre a visitar Grecia?». «Porque, *madame*, jamás visito a los ocupantes. Hace dos mil años que estamos ocu-

pados por los griegos.» Y, por otro lado, tenemos el testamento de Montherlant, pidiendo que tras su incineración sus cenizas fueran dispersadas por las calles de Roma: testamento de un alumno de retórica (latín-griego) que me dejó estupefacto en su momento. Por mi parte, visité Roma con setenta años, lo cual no manifiesta ningún sentimiento de urgencia verdaderamente febril. Sin duda anidaba en mí desde hacía mucho tiempo la sospecha de que allí existía —en el mapa— un agresivo punto de interrogación que sería bueno hacer desaparecer por mí mismo, a la vez que el convencimiento de que era necesario dejar la mayor cantidad de espacio posible entre los recuerdos escolares y esta visita. Cuanto más tarde mejor. Nada me metía prisa. Nada, en este viaje de reconocimiento sin nada verdaderamente en juego, me urgió nunca. Y nada hay demasiado decantado cuando se aborda una ciudad en la que la luz transparente no puede hacer olvidar que hay en ella demasiado polvo en perpetua suspensión.

En Roma todo es aluvión, y todo es alusión. Los depósitos materiales de los sucesivos siglos no solo se superponen, sino que se imbrican, se penetran, se reestructuran y se contaminan los unos a los otros; se diría que no hay toba original, del mismo modo que tampoco hay estrato realmente primitivo en la geología de nuestro subsuelo. Y todo es alusión: el mantillo *cultural* que recubre la ciudad es todavía más espeso e insondable: el Foro, el Capitolio —y todo

lo que viene con ellos— están más sepultados por palabras que por tierras de aluvi3n. Ninguna ciudad se ha combado nunca ante el peso de un volumen tan aplastante de *consideraciones* (principalmente sobre su grandeza y decadencia). No sentía, al ir allí, ni pizca de ganas de a~adir las mías. Tenía ganas de utilizar la ciudad como cualquiera otra —las ciudades están hechas para ser vividas— y dejar irreverentemente toda su importancia a las particularidades que rigen en ella para el visitante: comer, callejear, mirar, caminar y dormir. No era cuesti3n de olvidar por completo mis lecturas: a propósito de Roma sería como intentar pelar todas las capas de una cebolla, pero esperaba no convertirme en su prisionero. Algunos lectores considerarán, aunque no sea más que por este motivo, que existe una cierta falta de respeto en este pequeño libro. Quizá no anden desencaminados: el respeto es una actitud en la cual no destaco demasiado y que, de hecho, a menudo linda con la indiferencia. En cambio —y esto es lo que cuenta— jamás me aburrí en ella.

I

EN TORNO A ROMA

Una de las razones personales que me unen a Venecia, y que terminaron por convertir mi primer contacto con ella en un lazo tan fuerte que la no renovación de aquel no ha podido debilitarlo, fue, más que la singularidad de su circulación interna, más que la riqueza de sus almacenes de arte, su abrupta categoría de ciudad-isla, la ausencia de ese contacto gradual con el campo al que Nantes (con una cantidad de población *grosso modo* comparable) me había habituado tanto. El tenaz sueño infantil de la quietud en una fortaleza inaccesible, que todavía me hace dormirme en un sueño casi encantado cuando paso allí una noche, en una «plaza fuerte» tan diminuta, tan desprovista de toda seducción como es Rocroi, tiene lugar aquí sin que intervenga el sentimiento de reclusión, de emparedamiento que

engendran fosas y murallas. Más que el muelle de los esclavos o de Zattere, donde la ciudad se enmaraña todavía con los altos fondos y los islotes de la laguna sin trazar en torno a ella una demarcación brutal, es en los Fondamente Nuove, a lo largo de los cuales el paseante avista la isla de los Muertos, como si la ciudad hubiera cogido a remolque un barco fantasma, donde me gustaba experimentar ese sentimiento de partida que ninguna otra ciudad me ha podido dar. Pero no es una partida hacia alta mar: más bien —a través de las aguas aceitosas de la laguna, tamizadas de líneas de estacas como un criadero de ostras que convierten a Venecia, para la vista y la imaginación, en una ciudad anclada en medio de los mástiles de una flota hundida— una deriva que a lo largo de los siglos muertos atrae hacia los embarrancamientos de la no duración, hacia esos islotes embarrados de Torcello y de San Francisco del Desierto, donde los trazos ya fijos de la Historia parecen hundirse poco a poco en los procesos más lentos de la pura sedimentación. Puesto que Venecia, al contrario que Roma, no es una máquina de remontar el tiempo, sino más bien una máquina de borrarlo, un embarcadero hacia limbos temporales, donde una pesadez inmóvil golpea con insignificancia los lejanos acontecimientos de una historia mercantil y de una comunidad reducida a los bienes gananciales. Donde toda una sucesión de siglos, banalizados por el anonimato

del tráfico, a pesar de los restos mortales con los que han enriquecido distraídamente la ciudad, bajo la sucesión de la línea plana de la laguna, parecen haber tenido como destino llegar a ser engullidos uno tras otro aguas abajo.

* * *

Resultaba estúpido por mi parte (al pensar que quizá no fuera a volver nunca) ir a Florencia para un día, apenas el tiempo de echarle un ojo a la catedral, el baptisterio, la Academia, la iglesia de la Santa Croce y recorrer los *Oficios*, casi a paso ligero. Pero era bastante para sentir que incluso una más larga estancia en la ciudad no me habría convertido. Un recuerdo histórico que, sin embargo, nada hace ya revivir, es causa por sí solo, y tontamente, de ese desinterés: el importante negocio, sórdido a pesar de todo, del patriciado de Venecia ennoblece para mi imaginación su ciudad tanto como la industria de los tejedores y los tintoreros de Florencia rebaja la suya. Los almacenes de Venecia, repletos de especias y sedas de Oriente, hacen que el porche que da al agua en sus palacios desemboque sobre la cueva de Alí Babá y el mundo de las *Mil y una noches*; pero tras las maravillas de Florencia no consigo olvidar Calimala, el *arte della lana*, *l'arte della seta*, el churre y el polvo, la cuba para teñir y la arcilla para el desgrase, la humedad de caverna, la suciedad tenebrosa de la

manufactura. Tras los cuadros de Giotto y Botticelli, surge pese a mí una superposición de Tourcoing y eso basta para que este arte milagroso, lo cual de algún modo consigo razonarme, conserve algo de flor de estiércol, de belleza nacida en la caca. Existe ahí una alergia personal tanto más extraña cuanto que, para casi todo el mundo, la expresión arte *florentino* hace surgir de forma espontánea la idea, en cuanto a su contenido, de una distinción aristocrática un tanto altanera, en cuanto a su tutor, del alto depósito señorial de los Medici.

* * *

El vistazo que descubre Florencia en un segundo, tras una revuelta del camino, sorprende: de un extremo al otro del valle, el nivel horizontal de los tejados rellena exactamente la concha donde se ha instalado a modo de un lago. Apenas, aquí y allí, algunos campanarios y la cúpula de su catedral rompen la superficie. En ningún lado se ve una escalada de pendientes en los arrabales. Eso es lo que crea la belleza de sus jardines en las laderas, donde van a apoyarse en el borde de la tranquila y silenciosa cuba. En Roma, la concha es más abollada y su entorno irregular más desportillado; no existe esta línea horizontal, neta y geométrica, de los tejados que hace pensar en los rellanos sedimentarios de un *chott* reseco. En París, vista desde el Sacré-Coeur, la

cavidad madre está desbordada desde hace mucho; el asentamiento de la ciudad, al que los cerros parecían dar revolcones hasta el horizonte, no es ya la de un lago relleno de diques: su estabilidad es la de una nave gigante que cabalga a la vez tres o cuatro frentes de marejada.

* * *

Torre del Palacio Viejo, en Florencia, sin espesor y cuya implantación en el edificio, extrañamente descentrada, es la de la chimenea de un portaviones.

* * *

Las estatuas de Florencia. No son los estilitas penitentes de nuestras plazas públicas, lavados por la lluvia y blanqueados por los excrementos de los pájaros; sino que circulan y guarnicionan la ciudad, al mismo nivel que el empedrado, desembocando en la calle como una guardia que sube.

En Roma, la proporción de ruinas augustas, de reliquias artísticas y de edificios culturales es demasiado elevada; la población carece de consistencia real: durante demasiado tiempo fue un pueblo de sacristanes un tanto rufianes, un tanto traficantes, ocupados en sus beneficios sobre los peregrinos y los cirios, con manos acostumbradas a vaciar los

cepillos y limpiar el polvo de los tabernáculos. En ocasiones se huele aquí a los bajos funcionarios del Templo, con sus juegos de tabas y sus pequeñas pillerías. Con solo vivir aquí quince días me parecía comprender por qué Chateaubriand, tan encaprichado con Roma, percibe tan poco a los romanos: a pesar de que esté ocupada por sus barrenderos, una catedral que estemos visitando no deja de parecerse vacía.

Milán, con su adoquinado mojado, sus paraguas británicos y su pretenciosa burguesía, es una ciudad de Europa central, muy próxima a Lyon o Zúrich. Venecia y Florencia son arenas abandonados por el mar. Solo en Nápoles, me dio la impresión, fluye la población como un río y se frota de forma natural con la piedra construida; eché en falta en esta ciudad —tan agradable, sin embargo, como la Bretaña— que no tuviera monumentos que hicieran visitarla.¹

* * *

Por seductor, por decorativo que resulte el campo italiano (aunque le faltan esos cielos intercalares de los remansos de agua tranquila que aligeran el campo francés: lo primero que me sorprendió al regresar, esa mañana mojada alzada sobre la Borgoña, fue —insólito para un ojo que ya había perdido la

1 La expresión es de Roger Nimier.

práctica— el espejo de agua del Yonne reflejando sus álamos) carece de vida para la imaginación: se trata siempre del *saltus* romano, el más allá anónimo e inanimado de la ciudad, librado al sueño rural espeso. Ninguna posibilidad de descubrir aquí, como Meaulnes perdido, una vieja torrecilla despuntando en el rincón de un pinar. Ante su ausencia, uno comprende todo lo que el *château*, entre nosotros esencialmente campestre, embosca en las regiones francesas de tensión imaginativa y de sorpresa en ocasiones mágica. Aquí los príncipes no viven al lado de las pastoras. No hay más, o casi, que el *palazzo* urbano, pegado pared con pared contra el *palazzo* vecino y hostil: las guerras señoriales de la Edad Media son aquí guerras callejeras, donde se espía como un mirón de una torre a otra, no emboscadas tras setos. Los pequeños núcleos compactos de vida de las ciudades, donde la pasión de vivir y dominar, de matar y crear, se exaltó hasta la locura, están repartidos en medio de un espacio inerte, residual, que han desmagnetizado. El tejido rural entre nosotros está infinitamente más vivo que estos barbechos anhídridos; en cambio, el pequeño pueblo francés respira apenas, al precio de los nódulos urbanos de Italia, comprimidos, trufados de energía como si fueran granadas de mano.

Colinas de Umbría, todas coronadas de árboles pequeños, como la cabeza de un negro bajo sus rizos. Campo de huertos, salpicado, manchado de verde oscuro, de gris y de verde almendra, toda

entera con pinceladas puntillistas, sin nada, en ninguna parte, del amplio ordenamiento de praderas y bosques que se ve en el menor de los rincones de la Lorena o el Beauvaisis.

Cortinas de eucaliptos, plantadas de cien en cien metros, que depuran y desnaturalizan el campo romano, como en Galicia o en Asturias. La falta de autenticidad del paisaje rural híbrido atravesado entre Civitavecchia y Roma —comparado con el pantano de búfalos atravesado por acueductos de los bocetos de Corot— revela la más completa decepción de este viaje. Nada más insignificante por este lado que las afueras de Roma, donde el desierto, bonificado, ya no ennoblece un relieve sin osamenta: el de las blandas y planas coladas volcánicas, que terminan en la llanura con un talud empinado, como los terraplenes de una vía férrea.

«Si hay una carretera abominable en el mundo es la de Florencia a Roma por Siena. Los viajeros se burlan de nosotros cuando nos hablan de la bella Italia. La carretera de Florencia a Roma me ha recordado mucho a la Champaña. Solo que la árida llanura se convierte en colinas desoladas.»

Aquí Stendhal exagera: solo le gustan los milaneses y los lagos lombardos. Las colinas de la Toscana y la Umbría verdeaban en la primavera italiana, excepcionalmente húmeda este año: había

en el paisaje una benignidad agrícola que los *savarts*² de la Champaña en modo alguno poseen; pero en ninguna parte se percibe su amplitud: son células cerradas y encastradas como lo está Florencia entre sus colinas, compartimentos colindantes, semejantes a los casetones dorados de los techos de sus iglesias. Terruños yuxtapuestos que se miran de reojo con sospecha por encima de los baldíos de sus colinas costeras. Es el lugar sin horizontes de toda una historia hecha migas, de interés comunal, que me aburre como me aburriría de antemano el paisaje tan alabado de Grecia. Cambiaría todo ese dédalo de montículos, tan glorificado, por los paisajes españoles del camino que va desde Valladolid hasta Salamanca. Me descubro, en esta Italia peninsular hasta ahora desconocida, ajeno a todo paisaje cuyo ritmo no me comunica de forma natural la felicidad ante el hecho de respirar. Me he ahogado en Roma y en Florencia —ahogado en la maravilla—, un poco como en el confinamiento de un museo sin ventanas: efervescencia estética en vasos cerrados, exceso de amontonamiento de arte asociado a una falta de espacio y lontananzas.

* * *

2 Tierra yesosa propia de las partes más pobres de la región de la Champaña. (*N. del t.*)